

(Las crónicas de Luis Tejada)

"Horrendo espectáculo es ver una bestia sedosa que largamente se divierte con una dorada lagartiga para devorarla luego. Más terrible aún es ver cómo el Hado felino se divierte a veces con un alma humana y mediante una magia innominada la hace rechazar una cuerda desesperación con una esperanza que sólo es locura. Involuntariamente imito esta cosa gatuna, jugando con el corazón de quien me lee; pues quien no siente, lee en vano".

Hablar de la obra breve y luminosa de Luis Tejada, es recordar a cada paso esta frase aleccionadora de Melville. Imposible resulta no ver, en las *Crónicas* de nuestro genial periodista, la unidad indisoluble de los cuatro elementos que sustentan su poderosa estructura: la emoción, pues quien no siente, lee en vano; el redescubrimiento incesante del mundo, porque al decir de Leonardo "el misterio está en lo visible"; y la armonía y la sutileza, que son, según confesión del propio Tejada, "las dos cualidades tutelares que busco con ahinco en las cosas".

Sin embargo, y acaso por esta misma confesión, los apologistas de Tejada sólo han querido ver en su *Libro de Crónicas* "una exquisita belleza literaria" (así habla uno de sus viejos amigos), o cuando más —y esto lo dice un crítico notable— "un breviario inapreciable de humor sutil, de sencillez transparente, de recóndita poesía y de gracia alada, escrito por un filósofo de lo pequeño, de lo fugaz y perecedero".

Pero ocurre que este "filósofo de lo pequeño" ha puesto a girar toda su obra en torno a un eje tan grande, tan imperecedero, tan formidable y tan evidente, que la crítica formal no puede verlo. Es preciso apartarse un poco, tomar distancia, echar a un lado la lupa que revela el detalle pero impide la visión totalizadora, y liberarse del Hado felino que este hombre ha puesto a jugar en sus crónicas y que se divierte con nosotros llevándonos de la sonrisa a la carcajada, de la ternura a la sorpresa, de la alarma a la ensoñación, del asombro a la duda y de la duda a la certeza de lo imposible; y es preciso, sobre todo, no leer en vano y sentir el influjo solar de este eje, cuya fuerza ordenadora está presente en cada línea, en cada ironía, en cada observación aparentemente banal, en cada comentario ingenioso sobre "lo fugaz y lo perecedero". Este eje es, que lo diga el propio Luis Tejada, "el advenimiento del único reinado humano y justo: el del hombre simple, del buen hombre, del hombre".

Así es. "La Canción de la Bala", ese "gusanillo de hierro, devorador de cadáveres vivos . . . ejecutor de justicias, mensajero de rencores", no es simplemente una bella pieza literaria para deleite de los críticos. "La Canción de la Bala" es, ante todo, una auténtica apología de la violencia, porque el joven Tejada cree que todas las balas, "las justas y las injustas, las que llevan un mensaje de odio o las que van a realizar una sublime idea", todas ellas "van a colaborar en la oscura obra de la transformación del mundo como los ciegos gusanos de las tumbas que preparan la materia para un nuevo florecimiento". Y el joven Tejada intuye también al heredero de ese nuevo mundo que las balas preparan, y se pregunta por eso: "¿Qué pensará el buen obrero de ojos sencillos, que habita probablemente en la casita blanca de arrabal y tiene tres niños retozones y una mujer alegre y sonrosada; qué pensará el buen obrero al forjar las balas en su taller?". Y el joven Tejada, por añadidura, se las ingenia para que su Hado felino le ponga un disfraz de alegre y despreocupada ironía a esta conclusión rigurosa e implacable de su teoría de la violencia: "¡Una racha admirable y misteriosa de locura cruza la tierra; en Londres gélido y en Berlín burgués, la bala, alegre y musical, canta en los oídos la canción de la muerte fecunda! Estamos, amigos míos, en la era de la bala; descubrámonos ante nuestra señora la Pistola, virgen de siete ojos y larga nariz, virgen vendada e iluminada, que trae en su seno la libertad de los pueblos; que está arrasando todas las tiranías, las aristocráticas y las democráticas, las de la sangre y las de la ambición; que está preparando el advenimiento del único reinado humano y justo: el del hombre simple, del buen hombre, del hombre".

Pero este hombre simple, este buen hombre, este hombre, no es el ente abstracto e ideal de los anarquistas románticos y de los socialistas utópicos. No es tampoco el miembro anónimo de "las masas", esa deidad multiforme y misteriosa, omnipotente y sublime de los revolucionarios de gabinete. Este hombre es el ser concreto, amable o indiferente, alegre o colérico, cotidiano y sencillo, con su oficio, con su mujer, con sus hijos y su perro.

El hombre con su familia y con su perro: "en la casa estrecha del suburbio, el perro es una prolongación vital de la familia, una especie de segundo hijo menor mimado y regañado al mismo tiempo, que comparte íntimamente la vida común y que posee una personalidad acentuada dentro del concierto familiar; se habla de

él con naturalidad, se le tiene en cuenta, se le considera inconscientemente como a una débil persona querida, sin voz pero con voto efectivo en las menudas decisiones del hogar . . . el perro es, en esas casas reducidas de muy íntima estrecha comunidad familiar, como un término medio entre el hijo menor y los hijos futuros, como una personificación anticipada de la probable descendencia”.

Precisamente, el hombre simple y trabajador es el heredero del porvenir, porque las relaciones que establece con su circunstancia vital, con su familia y con su perro, son relaciones que lo diferencian para siempre de aquel otro hombre “civilizado”, ese “animal refinado y cuidadosamente cebado” que “se prepara toda su vida como para que se lo coman: El uso del traje y la selección especial de los alimentos, hacen de su carne algo tierno, blanco y verdaderamente succulento. Hay veces que, al ver, por ejemplo, las orejas pequeñas, vivas y rosadas de esa dama rozagante que encontramos, la primera impresión imparcial que sentimos es la del hambre; y pensamos cuán agradable serían esas orejas fritas o cocinadas en una roja salsa de tomate”.

Véase pues cómo este Chaplin de la pluma nos pone a reír mediante el sencillo recurso de mostrarnos la realidad concreta en toda la dimensión de su absurdo. No se trata ya de ese caníbal africano que, espectador de la primera guerra mundial, se horrorizaba de los salvajes europeos que se mataban por millones sólo por el gusto de matar, puesto que no se comían a sus víctimas. Es el teórico del canibalismo terapéutico —de terapéutica fisiológica y de terapéutica social—, canibalismo clasista que recomienda a una señorita desnutrida “carne de señorita gorda; y a un boxeador, carne de boxeador; y a un niño, carne de niño”.

Y a diferencia de estas gentes supernutridas, en las que Tejada sólo reconoce los futuros manjares del gran banquete de la pobreza, las gentes sencillas son el objeto de su ternura y de su admiración. A él podrían atribuírsele con justicia las palabras que Dostoievski pone en boca de Dimitri Karamasov: “yo casi no pienso más que en eso, hermano, en el hombre humillado”. Pero al contrario que Dimitri, en quien este pensamiento obsesivo asume la angustia y la desesperación desolada del presente, Tejada expresa la alegría de un porvenir que sabe lejano y que supone cierto, y la dimensión cósmica que el trabajo produce en el corazón y en el cerebro del trabajador. En Tejada, el obrero es “el buen

obrero”, pero también es la obra de su obra, la obra de sí mismo. Así, “el maestro carpintero, severo y benévolo, se os acerca y os habla; notáis que posee en una forma recóndita y dilatada el sentido de la vida; porque él ha hecho sin duda una cuna y un ataúd, como ha hecho un lecho de bodas; y tiene presente a cada instante el principio y el fin; ata en cada instante los dos cabos de la existencia del hombre; esa visión completa de la vida se asienta en él y lo santifica”.

Y esto no basta. Tejada extiende su ternura y su admiración a la obra misma, al producto objetivo del trabajo, santificado y humanizado por las manos que le dieron vida y le infundieron alguna forma de alma. Porque “en la obra del hombre hay cosas de una originalidad tan difícil y compleja, que la naturaleza no ha intentado siquiera imitarlas. Entre ellas está la locomotora, ser misterioso y maravilloso . . . La locomotora es la síntesis de la fuerza suprema y de la alada ligereza. Poderosa y tierna, va por los campos veloz como la mariposa, pero aplasta como el formidable alud. Es un ser vivo y completo; tiene ojos que escrutan en la noche con intensidad sobrehumana; tiene un corazón detonante, cálido y nervioso, que arroja hacia nosotros su hálito vivificador, confianzudo y loco como el respirar fragoso de un ser que nos ama y solloza sobre nuestro pecho; tiene pies perfectos y ligeros, más que el casco del caballo y que la planta del hombre; porque el mecanismo de sus bielas y sus ruedas la hace deslizar ágil, esbelta y desmelenada, semejante a una aparición ultraterrestre.

“A este dulce monstruo no le fue concedido el torbellino del sexo, pero es falaz, cruel y testarudo como una bella mujer; quizá fue mejor así, porque si no, todos los débiles y pequeños hombres nos prendaríamos de su gracia terrible y anhelaríamos sentir su abrazo crepitante y mortal. Así, asexual y espeluznante, es más perfecta, y así la amamos y nos ama, puesto que a veces nos mata”.

Y sin embargo, este hombre que ama la profesión del pescador, “llena de intensas alegrías y de duras pruebas”, que dedica tres crónicas mágicas a la obra de los carpinteros y reconoce en la madera trabajada el aliento vital de seres invisibles engendrados acaso por las manos creadoras del obrero, que canta emocionado al viril y bello trabajo del auriga, piloto supremo en los mares amenazadores de las calles, nos dice francamente que, aquí y ahora, “el trabajo no es bello, ni digno, ni siquiera conveniente . . . De las fábricas, de las minas, de los laboratorios, de los bufetes, salen las legio-

nes de neurasténicos, de miopes, de tuberculosos, de mancos, de locos, de raquíticos, de melancólicos, de histéricos, de tantas categorías de enfermos que llenan las ciudades modernas . . . Yo confío en que el porvenir que se anuncia, traerá para los trabajadores una disminución gradual de trabajo y un aumento proporcionado de paz y de divina ociosidad. Hasta ahora se ha trabajado mucho, en un afán insensato de acumular millones. Pero en una forma todavía vaga, está llegando a las gentes el convencimiento de que tener demasiados millones, es una circunstancia no sólo inútil sino evidentemente peligrosa. Hay que esperar en que al fin llegará al mundo una saludable cordura. Todos nos convenceremos de que lo más espiritual, lo más hermoso y noble será luchar apenas lo estrictamente necesario para llevar una existencia modesta y sobria. Entonces nos aficionaremos un poco al delicado placer de no hacer nada y nos convenceremos de que, en realidad, no se debe perder el tiempo trabajando tanto”.

Páginas más adelante, en la hermosa “Crónica del Vagabundo”, Tejada vuelve a desarrollar estas ideas con más precisión. La humanidad futura ya no tendrá derecho al “delicado placer de no hacer nada”, sino más bien a una “mayor dosis diaria de pereza contemplativa, de ocio fecundo”, es decir, creador. Ello será posible, ya no sólo con la aceptación de “una existencia modesta y sobria”, sino además “con el empleo creciente del maquinismo vertiginoso y con la organización científica del trabajo”. Sólo entonces será dignificado el ocio, “único refugio del noble y desinteresado pensamiento”.

Pero la dignificación del ocio conduce a la dignificación del trabajo. En la última crónica de su libro, dedicada a Lenin, Tejada plantea ya que el trabajo habrá de cambiar de signo en el nuevo orden social que él proclama. No será una maldición, un castigo, una carga. Será un modo de existir solidario y colectivo, en el cual el hombre es más Hombre y más libre: “yo sé ya que en el proletariado ínfimo, en el último ser caído y envilecido por la opresión y la ignorancia, hay sin embargo un principio divino de rebelión, capaz de acrecentarse y de ennoblecerse, capaz de convertir la vida dura y vil, en una actividad de libre y consciente ejercicio, llena de dignidad humana en el trabajo y en el descanso”. A estas alturas de su vida y de su libro, Tejada se autocalifica de “comunista” (tiene entonces veinticinco años y en Colombia no existe aún el partido de ese nombre), y exalta a Lenin como el hombre que

“fijó, con líneas exactas, la economía de su ilusión y empezó él mismo a realizar su ilusión sobre la tierra”.

Pero el comunismo de Tejada fue el de Maiakovski: nada tuvo que ver con la fría y estrecha fórmula del sectario, que asesina a la imaginación y declara ilegal a la fantasía. En aquella hora del mundo, burgueses y proletarios, estudiantes y poetas, madres y vírgenes, niños y viejos, asistían estupefactos al espectáculo de una revolución que arrojaba del trono a la centenaria dinastía de los Romanov, y entregaba el poder sobre la sexta parte del planeta a un “gobierno de mozos de cuadra y cocineras”, como decía el decano de la prensa británica. Tejada, que en los días de estudiante había confesado su ambición de seguir los pasos del que “sabe encontrar siempre algo de maravilloso en lo cotidiano; el que puede hacer trascender lo efímero; el que, en fin, logra poner la mayor cantidad posible de eternidad en cada minuto que pasa”, no podía ser ajeno al subyugante influjo de la epopeya rusa. Porque este muchacho bohemio y humorista, de imaginación desbordante y de fe sin límites en las potencialidades mágicas del mundo material; este jovencuelo que buscaba, “con el júbilo cruel del creador, el alma múltiple del universo”; este adolescente genial, era de algún modo hermano de aquellos que, en el otro extremo del mundo, poseídos de loco afán y de ciega fe, derribaban obstáculos gigantescos para poner la mayor cantidad posible de eternidad y de grandeza en las manos rústicas y sencillas de los parias.

¿Cómo podría ser de otro modo? Si aquella muleta del rincón “va a andar; va a salir traqueteando por las habitaciones, rediviva, ambulante, fraternal”, y va a hacerlo porque “tiene insuflado, coesenciado, el espíritu y la vida del que la llevó”; si, además, “el sombrero nos demuestra gráfica e irrefutablemente que si el alma existe, es ahí, en ese adminículo espiritual, donde debe tener su residencia o refugio”; si, a mayor abundamiento, sostengo “la inminencia de esa mañana prodigiosa en que mi corbata va a salir arrastrándose onduladamente detrás de mí, como un pequeño animal amaestrado”; si afirmo que “en el interior de las salas cerradas, en las largas noches solitarias”, los muebles “ceremoniosa y cortésmente se reciben la visita”, y que “quizá asomándose uno por el hueco de la cerradura los vería accionar con parsimonia y los oíría hablar de política, o de economía, o de no sé qué cosas graves y abstrusas”; si declaro que tal vez “el taburete sea el tipo degenerado de una gran especie que vivió en remotas edades o el

principio de evolución de una especie que vivirá en el porvenir"; si agregó que "quizá se podría formular una teoría en que se probará que el hombre desciende del taburete; teoría ingeniosa y verosímil que tendría tanto éxito como las que tratan de probar que el hombre desciende del mono o del caballo"; y si, en fin, reconozco que el hombre no sólo puede transferir sentimientos, actitudes, pensamientos, a las cosas, sino que de hecho lo hace a cada instante, llenando de dignidad y de humanidad a los objetos inertes, es porque no tengo la menor duda de que el hombre puede dignificar y humanizar al hombre. Creo en la revolución porque creo en la magia, o mejor dicho, porque creo en la ilimitada potencialidad del hombre.

De este modo, las crónicas de Luis Tejada nos abren las puertas de un universo de férrea lógica, apenas oculta por una alucinada y alucinante cobertura. Reza su oración la rana, última sobreviviente de la cruel sequía, y pide la lluvia vivificante y generosa, no como un premio a su indiscutible e inocente santidad —puesto que es santa, ignora que lo es—, sino como el elemental derecho de la vida: "Yo no soy sino un pequeño terrón negro con dos ojos dolientes, llenos de vaga esperanza". Los hombres en cambio, ¡cuántas complicaciones, cuántos misterios, cuánta retórica difícil, cuánta mezcolanza de premios y perdones, arrepentimientos y vanaglorias, cuántos precios, sobreprecios y regateos ponen en sus oraciones y en sus rezos!: dame esto, Señor, porque soy bueno; dame aquello, porque siendo malo, estoy arrepentido; dame lo de más allá, porque amo a quienes me odian y odio a quienes no te aman... "¿Cuántas cosas enormes se esconderán en esos pechos cerrados, cuántos crímenes desconocidos, cuántas ignoradas abnegaciones, qué luchas, qué triunfos, qué vencimientos que sólo ellos saben y nadie ha podido adivinar jamás?".

"Sí, el hombre es un animal loco e imperfecto; una ruptura primordial lo ha descentrado, lo ha dejado sonámbulo y errabundo dentro de la eternidad; lleno de apetitos inconmensurables, de extraños anhelos, de torturantes cavilaciones, el hombre tiende siempre a salirse de la órbita que le ha sido designada en la naturaleza. La sabiduría y la perfección de los otros animales, sobre todo de los que tienen cola, está en el sometimiento inconsciente y maravilloso a su destino; el caballo, por ejemplo, nunca desearía dejar de ser caballo; tranquilo y feliz, vive sujeto a su sino, y no trata de salirse de la escala que le corresponde en la naturaleza;

es perfecto. El hombre, en cambio, trata de modificarse a sí mismo, lleno de ansias infinitas, complicando su existencia cada día un poco más; sólo en él se encuentra el descontento metafísico, la inconformidad trascendental; sólo él no es feliz... Y es que al hombre le falta una batuta, una palanca, un índice que guíe y sostenga su equilibrio; al hombre le falta la cola flexible y prodigiosa que amarra la inteligencia a la realidad de la vida”.

Ahora bien: como Tejada —hombre al fin y al cabo— tampoco tenía cola, no quiso incluir en su libro algunas de sus mejores crónicas. Las reservaba para más altos destinos, quería que fueran algo más que crónicas, soñaba con hacer un libro, una novela, un relato, de cada una de ellas. Omitió, por ejemplo, la historia de la bailarina que se volvió loca en el escenario, historia verídica que él supo explicar mejor que nadie. La danza de esa mujer maravillosa contenía y expresaba la respiración de las constelaciones, el pulso del mar, los flujos y reflujos de los grandes espacios estelares, el alma poderosa de los árboles, el vuelo de los pájaros, el crepitante corazón del sol. Aquella mujer era el mundo en movimiento, la encarnación de las fuerzas del cosmos reunidas, y acaso porque su mente se llenó de toda la lógica del universo, acaso porque su breve cuerpo no resistió el impacto de esas fuerzas, su cerebro se desquició para siempre en el acto mismo de la creación. Pero tal vez, tal vez, el universo entero gira desde entonces más nuestro y más humano, porque fue poseído por una hembra de nuestra especie durante un fugaz y deslumbrador instante.

Mi padre me contó esta crónica, que yo esbozo a duras penas. El la escuchó de labios de Tejada cuando se preparaba la edición de su libro, allá por 1923.

Después llegó la muerte. Llegó el 17 de septiembre de 1924, cuando Luis Tejada contaba apenas veintisiete años de edad. Hablamos, pues, de ella:

“Ya que el amigo lejano la ha hecho presente en mi corazón, hablemos, pues, de ella. No creáis, ante todo, en el viaje a lo desconocido que os refieren los poetas. La muerte no es lo desconocido, ni siquiera lo improbable. Lo desconocido es la vida. La vida es el misterio profundo, y si dejáis de vivir, pasáis de lo desconocido a lo evidente, a lo concreto. ¡Tan evidente y tan concreto como esa pequeña fosa abierta en la tierra, que no deja lugar a duda! El primer misterio de la muerte serían esas pálidas flores nacidas encima de cada tumba, porque viven ya un poco, y todo lo que

empieza a vivir empieza a hacerse ¡inexplicable . . . ! ¡Bebamos hoy por el que se ha definido para siempre, alcanzando al fin su actitud eterna! ¡Bebamos porque es verdad que la alegría de la muerte debe afrontarse en la florida adolescencia!”.

Así saludó Tejada a la muerte, pocos meses antes de reunirse con ella. “Quién sabe —dice Eurípides—, puede que la vida sea la muerte, y la muerte, la vida”. Acaso sea cierto que, como Tejada, sólo es un hombre verdadero aquel que sabe lo que es la vida y lo que es la muerte. Acaso, como la bella bailarina, él fuera destruido precozmente porque logró poseer el secreto profundo de las cosas. Y acaso, puesto que pasó entre nosotros como una rauda flecha de amor, de ternura y de muerte, hayan sido escritas para él, con novecientos años de anticipación, estas palabras de Ibn Hazm de Córdoba: “Era flecha mortal y se hizo vida”.

* * *

LA CANCIÓN DE LA BALA

La civilización va a desaparecer víctima de una pequeña máquina hija de la civilización: el revólver.

El revólver, catapulta de bolsillo, que lanza la bala leve, ágil y perforante. La bala es la polilla de la humanidad; como microbio tenaz roe y pudre las entrañas de los hombres y convierte en polvo la carne.

Gusanillo de hierro, devorador de cadáveres vivos, hermano de los gusanos de las tumbas; ejecutor de justicias, mensajero de rencores, caballero alado de la muerte.

¿Qué pensará el buen obrero de ojos sencillos, que habita probablemente en la casita blanca de arrabal y tiene tres niños retozones y una mujer alegre y sonrosada; qué pensará el buen obrero al forjar las balas en su taller? No sabrá, sin duda, que esa, tan esbelta y tan pulida, impulsada por la mano ilusa del ácrata, irá a taladrar la frente de un rey; ni que esa otra, vibrante y fría, desgarrará el seno trémulo de la mujer que engañó; ni que aquella otra servirá un día al conspirador monárquico para apagar la luz libertadora en el cerebro del reformador.

Y no sabrá tampoco el buen obrero que unas y otras, las justas y las injustas, las que llevan un mensaje de odio o las que van a realizar una sublime idea, las que vengan al amante, las que suprimen al espía; las que hielan al pensador, las que atravesaron

a Jaurés, sacrificado en aras de un restringido ideal patriótico y las que intentaron matar a Clemenceau, guiadas por un amplio ideal humanitario, las que derribaron a Canalejas porque era un grande hombre, y las que derribaron a Dato porque no lo era, las que eliminan a la princesa inocente, y al sátrapa oprobioso, todas van a colaborar en la oscura obra de la transformación del mundo como los ciegos gusanos de las tumbas que preparan la materia para un nuevo florecimiento.

Una racha admirable y misteriosa de locura cruza la tierra; en Londres gélido y en Berlín burgués, la bala, alegre y musical, canta en los oídos la canción de la muerte fecunda! Estamos, amigos míos, en la era de la bala; descubrámonos ante nuestra señora la Pistola, virgen de siete ojos y larga nariz, virgen vendada e iluminada, que trae en su seno la libertad de los pueblos; que está arrasando todas las tiranías, las aristocráticas y las democráticas, las de la sangre y las de la ambición; que está preparando el advenimiento del único reinado humano y justo: el del hombre simple, del buen hombre, del hombre.

* * *

LO POETICO Y LO PROSAICO

Algún periodista de Barranquilla preguntó a Santos Chocano por qué organizaba la recitación de sus poemas en forma de espectáculo, cobrando las entradas como lo haría un empresario de teatro; y el poeta contestó que procedía así, a imitación de Paul Fort y Maeterlinck, quienes recorrieron la Argentina y los Estados Unidos ofreciendo sus ideas y sus versos de una manera rigurosamente comercial.

Estas declaraciones de Santos Chocano nos dan, a quienes no lo conocemos, una idea muy precisa acerca de su filosofía personal, de su concepto del universo. Parece que Chocano, al contrario de la mayoría de los poetas, tiene un concepto muy amplio, muy completo y muy uniforme, de lo que es el universo. Porque desde épocas inmemoriales, los poetas habían resuelto absurdamente dividir el universo en dos partes desiguales: la parte poética y la parte prosaica; pequeña, admirable y considerable la una. Y grande, fea y despreciable la otra.

Y había cosas poéticas y cosas prosaicas: una rosa sobre un muro viejo, era algo singularmente poético; pero una zanahoria

sobre el mismo muro, venía a ser detestablemente prosaica. Una pálida muchacha asomada por la tarde a la ventana, constituía la imagen más poética; pero no lo era, por ejemplo, un hombre con paraguas. Era bello decir: "la vaca de los ojos claros", pero no lo era decir: "esa vaca tiene las orejas grandes". Y había también actitudes poéticas y actitudes prosaicas; estar con los ojos torcidos hacia arriba, el cabello arremolinado y la mano sobre el corazón, era extraordinariamente poético; pero no lo era, y sí muy prosaico, estar caído de bruces en una zanja.

Pero había algunos casos especiales en que las diferencias introducidas por los poetas asumían un carácter sorprendente, por lo absurdo: el oro, por ejemplo, no era admisible para los poetas, sino considerándolo en abstracto o aplicándolo en un sentido simbólico: podía decirse: "cabellos de oro, estrellas de oro, corazón de oro"; pero en cuanto el oro, en su aspecto de artículo de cambio, empezaba a relacionarse con el comercio, ya los poetas principiaban también a detestarlo, a considerarlo como la cosa más prosaica del mundo: un billete, aunque estuviera fuertemente respaldado por áureas barras apiladas en los sótanos del banco, era algo abominable, indigno de incluirse no digo ya en el verso, pero ni siquiera en el bolsillo de un poeta. Toda profesión productiva, todo lo que se relacionaba directamente con el dinero, era despreciado con altivez por los poetas; e igualmente despreciaban a los desgraciados que se dedicaban a acaparar esa vil cosa sucia, que es el dinero; decirle millonario a un individuo, era el colmo de la ofensa a que podía recurrir un poeta; con eso querían significar a un pequeño ser gordo y afeitado, con gruesos anillos en los dedos; a un horrible ente perfectamente prosaico, incapaz de comprender todo lo que puede haber de poético en la rosa sobre el muro derruido o en la pálida muchacha frente al crepúsculo.

Pero ya hoy no sucede así, o mejor, ya empieza a no suceder así: los poetas están adquiriendo un concepto más general y más uniforme del universo; no han dejado, sin duda, de ser sensibles al valor poético de la rosa, pero principian a ser sensibles al valor poético de la zanahoria; han comprendido, al fin, que todo en el mundo es algo poético, inclusive el dinero.

¿Y por qué no? En la realidad de la vida moderna el dinero es el sustituto equivalente de las varitas mágicas, ¡tan poética! de los cuentos de hadas; con la misma maravillosa propiedad con que las varitas mágicas convertían a un patojo en príncipe o a una

princesa en dragón, el dinero convierte una choza en castillo, un limpiabotas en millonario, o un poeta en comerciante.

* * *

BIOGRAFIA DE LA CORBATA

¿Cuándo podré escribir un largo libro minucioso sobre la psicología de las ropas? Me obsesiona la idea de hacer, en un estilo expresivo y sincero, la biografía de esa humanidad silenciosa, hueca y cálida, que pasa su existencia colgada a los roperos, expuesta en las vitrinas, sumida en los escaparates de los montepíos, o adherida a los hombres como una segunda personalidad envolvente; las ropas son un molde de humanidad o una humanidad vacía, que plagia y se asimila a la vida y la forma de la otra humanidad: cada hombre tiene un segundo cuerpo en ese vestido completo que yace colgado en la esquina de la alcoba.

¿Algún día, provista ya de una verdadera vida propia, se pondrá en marcha por sí sola esa doliente muchedumbre de gentes "en potencia", que son los trajes de los hombres?

Yo, quizá, he empezado a observar algunos indicios de la presencia de ese fenómeno inusitado pero verosímil. Hace cierto tiempo estoy estudiando con cuidado la psicología de mi corbata, sus costumbres, su manera de ser, su genio, en fin, y de pronto me asalta la idea de que esa corbata pueda llegar a adquirir un alma independiente, pueda llegar a constituir un organismo intrínseco, con vida animal propia, autónoma.

Mi corbata es una vieja tira de seda, que ha ido alargándose y puliéndose, haciéndose sutil y dúctil con el tiempo y con el uso; y el contacto continuo, la existencia perenne junto a un hombre, la ha espiritualizado un poco, le ha dado cierto calor de alma; podría decir que mi corbata casi vive.

¿Casi vive o vive realmente? Yo no sé. Pero entonces, ¿por qué a veces se desliza por sí sola desde la barandilla de la cama? ¿O por qué, a menudo, huye de la silla y aparece en el rincón opuesto apaciblemente enrollada como una serpiente que duerme? ¿O por qué, en una ocasión, la buscamos en vano durante tres días, hasta que se hizo visible por sí sola cerca de un agujero del entablado? ¿Era que estaba en excursiones subterráneas?

Yo siento la inminencia de esa mañana prodigiosa en que mi corbata va a salir arrastrándose onduladamente detrás de mí, como un pequeño animal amaestrado.

Y no puedo sustraerme al temor ahora cuando, frente al espejo, hago el ademán característico de anudar la corbata, ese ademán sintético que es como un simulacro de estrangulación, que le recuerda a uno todas las mañanas la proximidad de la muerte. Me veo, me sorprendo con un aire de domador de serpientes, con el aspecto místico del que lleva enroscado en el cuello un crótalo traidor.

* * *

LA APOTEOSIS DEL VAGABUNDO

Rendón no supo concretar con bastante calidez espiritual la actitud de esos vagabundos profesionales que pasan su vida sentados en los bancos de los parques públicos. El dibujante fue a ellos no con un interés humano sino más bien con un interés político, con interés de demostración de una pequeña tesis política preconcebida; por eso se limitó a extraer las líneas externas del motivo, a tomar simplemente el "espectáculo" de los vagabundos, sin penetrar demasiado en su profunda alma agitada.

Pero el vagabundo profesional, el vagabundo nato, ese que hace del banco del parque el centro de su universo, no es siempre un vulgar dormilón inactivo o un miserable vencido por la vida; no, es un rebelde sublime o mejor, un desadaptado sublime, dentro de esta civilización en que impera un sentido vil de actividad locomotriz. Ese hombre es con frecuencia un hombre fuerte, de amplia frente iluminada por la inteligencia, de ojo taciturno y soñador, de boca plegada por un gesto de desdén; su aspecto revela más vigor y más poder que el de muchos de esos que han logrado triunfar económicamente en el mundo. ¿No hubiera podido él también desarrollar una actividad semejante a la que desarrollan cotidianamente los innumerables mercaderes de ideas y de cosas? Seguramente sí, pero la filosofía superior que informa su ideal de conducta en la vida incluye un principio de reacción contra la actividad brutal del mercader; él es un ser esencialmente contemplativo y eminentemente intelectual; ama y venera el mundo fantástico de las ideas y de las imágenes desinteresadas y quiere vivir totalmente dentro de él; su fisonomía externa nos da en sus más mínimos detalles un indicio de esa prioridad efectiva del cerebro

sobre el músculo; su traje, especialmente, nos revela con nitidez que ese hombre es un pensador. Es un traje somero, antiguo y barato, sobado por el uso y deteriorado por el descuido; las mangas de la americana están comidas por los codos y los pantalones ostentan amplias rodilleras. Las rodilleras en los pantalones constituyen, sobre todo, un signo visible e infalible de intelectualidad, de poderosa imaginación, de espíritu profundo; ese hombre fuerte que no ha logrado adquirir en su vida sino unos solos pantalones, ¿no tiene que ser un grande iluso, un ser imbuido en infinitas fantasías celestiales?

El vagabundo es quizá el representante prematuro de la superior civilización del porvenir. En realidad, todos los esfuerzos del hombre actual se encaminan a asegurar en el futuro a la humanidad fatigada, una mayor dosis diaria de pereza contemplativa, de ocio fecundo. Ese ideal superior de vida será posible con el empleo creciente del maquinismo vertiginoso y con la organización científica del trabajo que se está empezando a implantar en todas partes. Entonces el hombre podrá ser dignamente ocioso y perezoso, encarnando el tipo del sublime vagabundo de nuestros parques.

Y el calumniado vagabundo de hoy será probablemente glorificado como un precursor; tal vez llegaremos a ver elevada en los jardines públicos la estatua reivindicadora de este ser miserable y verdaderamente divino que es hoy en nuestras sociedades atrofiadas por el instinto locomotriz, el único refugio del noble y desinteresado pensamiento.